

á los otros, ¿qué sucederá de ellos?» Sucederá que á los tontos de capirote les demos algunos papirotazos; y á los ignorantes audacisimos los pongamos atados pies y manos á las puertas de la Duquesa, para que esta noble dama junto con su doncella Altisidora les den quinientos mil pellizcos, y los dejen con más cardenales que el Sacro Colegio. Los que saben *considerar*, no consideran *los hombres*, sino *á los hombres*; y cualquier cosa que suceda, no sucede *de ellos*, sino *con ellos*.

« *Todo al contrario*, querido conde», dice el Senador en la Velada nona. *Tout au contraire, mon cher comte*. Seríamos nosotros capaces de investir á la Academia Española de poder coercitivo, y poner á sus órdenes un cuerpo de gendarmes, para que sepultase en negros calabozos á estos violadores y asesinos de la lengua. Y si ella hubiere menester un gran ejecutor, nuestro voto es por el señor conde José de Maistre, quien no se anda en chiquitas, y corta cabezas por daca esas pajas. Si obras como el *Telémaco*, *El Genio del Cristianismo* y las *Veladas de San Petersburgo* son traducidas de este modo, ¿qué suerte correrán las novelitas de París, ese pan de cada día de la gente frívola, incapaz de cosa grande y buena? Verdad es también que en punto á galiparla é insensatez, los sudamericanos no les cedemos una mínima: De mal cuervo mal huevo, dice el Comendador Griego en su colección de refranes. De tal palo tal astilla, responde Juan de Mallara. De semejantes traductores españoles no es mucho nazcan autores americanos semejantes á ellos. Nada nos quedaremos á deber en nuestro comercio galohispano con nuestros *frères* del Manzanares, el Guadalquivir y el Tajo; porque

si ellos traducen el *Telémaco* con ese aire y ese aquel tan sumamente grato, nosotros somos autores originales de lo más curioso. El Tajo, el Tajo... ¡Oh Tajo en cuya ciudad proecta, la imperial Toledo, no había terciopelero ni espadero que no las cortase en el aire en esto del hablar pulido! ¡Pobre España para quien todo es *sufrimientos* en el día! Si está enferma, *está sufriendo*; si se halla corta de facultades, *está sufriendo*; si le aquejan dolores físicos ó morales, *está sufriendo*. Se le va una hija con el sastre, se le llueve la casa, los comunistas de Cartagena le dan en qué merecer: todo es *sufrimientos*. Ya no padece, vieja ingrata, como padecieron sus abuelas: la Cava padeció; ¡y digo si no habrá padecido la bellaca, al ver cómo su amante salía por ahí gritando: « ¡Moros hay en la tierra! Hormesinda, hermana de Pelayo, padeció; pero así, llora llorando, se casó con su moro». ¡Vaya! y no se había de casar: ¿era tonta por si acaso? No se halla un Munuza á la vuelta de cada esquina; y menos Munuza como aquel tan bien carado y valiente. La hermana de don Alonso el Casto, esa chica que vosotros conocéis, amigos chapetones; pues esa casta princesa que las hubo con el conde de Saldaña, y os benefició, *á furto*, como dicen las crónicas, con Bernardo del Carpio; esa guapa moza de blando corazón y duras carnes, padeció, natural es que haya padecido cuando el rey su hermano y señor hubo puesto los Pirineos entre *él* y ella, habiéndolos encerrado tan bien á ella como á él, para que el uno muriese y el otro naciese en el encierro. La infanta doña Urraca, sitiada en su ciudad de Zamora, padeció; y el señor don Sancho, sitiador, no fué tan *galantuomo* que digamos, sino un *ungálan man*, como dicen los ingleses; un ambicioso, belitre, descortés y

mal mirado caballero en hacer padecer tanto á la bella señora la princesa Urraca. Urraquita, Urraquilla... Tímida era y modesta en gracia de Dios; y á ésta sí que no se le podía llegar y besarla durmiendo, porque ni padecía de despechada, ni aguantaba pulgas, ni sufría olvidos ó pretericiones. Y sino, vedla cómo se le sube á las barbas á su señor padre don Fernando primero en su lecho de muerte.

Morir os queredes, padre,
San Miguel os haya el alma :
Mandaste las vuestras tierras
Á quien bien se os antojara :
Á mí por que soy mujer
Dejáisme desheredada.
Irme he por esas tierras
Como una mujer errada,
Y este mi cuerpo daría
Á quien bien se me antojara,
Á los moros por dinero,
Á los cristianos por gracia.
De lo que ganar pudiere
Haré bien por la vuestra alma.
Allí preguntara el rey :
¿Quién es esa que así habla ?
Callede, hija, callede,
Non digades tal palabra...

Con que para esa señorita el *padecer* y el *sufrir* eran cosas muy diversas; tan diversas, que si la envidia, la cólera, el terror de quedarse en la calle le causaban padecimientos morales de quitarle el juicio; el sufrimiento, el santo sufrimiento, ese freno de oro que nos contiene y detiene al

labio del abismo del despecho, no reprobaba en ella esas tan audaces como feas determinaciones.

Irme he por esas tierras
Como una mujer errada,
Y este mi cuerpo daría
Á quien bien se me antojara.

La infanta doña Urraca y todas ellas padecieron : los españoles de hoy no padecen, *sufren*. España sí, padece, puesto que ni lo sabe ni lo advierte. Á la hembra desamorado á la adelfa le sepa el agua, Le ha perdido el amor á su hermoso idioma; que padezca, aun cuando no alcance espíritus para el noble sufrimiento, y quiera irse ella también por *esas tierras*

En traje de peregrina :
Á los cris... Mas faga cuenta
Que las romeras á veces
Suelen parar en rameras,

según que se prometía doña Urraca. Nosotros también *sufrimos*, todo nos lo sufrimos : sufren los indios, sufren los negros; ¿qué mucho que suframos los pseudo-europeos, cuasimalayos ó semi-africanos? Cuenta con pago, señores nobles del Pichincha, el Funza, el Rímac y el Plata. No diréis por lo menos que no servís de novillos ó de puertas para este rehilete, ó, si suena mejor, venablo. No hay gusto que se iguale con llamarle vieja á una vieja, negro á un negro, tonto á un tonto, pícaro á un pícaro : si hay satisfacción comparable con ésta, es la de llamarle vieja á una

presumida que las da de joven; *cholo*, *roto* ó *lépero* á un Capoche por cuyas venas corré sangre de Benavides de León ó de Zúñigas de Villamanrique. Tontos, gracias á Dios, muchas veces los hemos llamado á hombres de más talento que nosotros, merced á la vanidad ó á la cólera; mas en cuanto á calificar de bribón á uno de bien, nunca nos ha tentado el diablo, ni ha sido de nuestro gusto. Y con esto volvemos á los indios.

Por la mayor parte, íbamos á decir, en las ciudades interiores de la América del sur la bacía la llevan los indios, sin que el barbero de Sevilla les eche el pie adelante en lo de parlanchines, bellacos, alcahuetes y bebedores. Un día, pasando nosotros por una calle, el barbero, ó señor rapador, según se expresa Don Quijote, de calzón y zapato de medio pie, estaba plantado en el umbral de su tienda: no en el dintel, como dicen los que ahora escriben, porque no estaba colgado. Acertó á pasar asimismo una india de pollera colorada y rebozo amarillo, cubierto el cuello de cuentas y corales como huevos de paloma, que era un pescuezo de pavo en su más soberbio esponjamiento. ¿Cómo está la comadre? *Está sufriendo*, le oimos responder al pícaro. Había parido la pazpuerca, y el bribonazo del indio llamaba á eso *estar sufriendo*. ¿Qué esperanza nos queda de volver á oír ni hablar la lengua castellana en ningún tiempo? Cuando las indias empiezan á hallarse *en estado interesante*, y *están sufriendo*, podemos dar por vendida, perdida y concluida; traicionada, abortada y desbaratada; enferma, enteca y muerta la dicha lengua; lengua en la cual las mujeres antiguas, y no tan antiguas como las Hermengardas, Hermentrudas y Hormesindas; ni

como las Berenguelas, Guiumares y Faviolas; sino allá no más por los tiempos de las doñas Engracias y doñas Pílares; estas mujeres, decimos, estaban preñadas, si eran llanas é ingenuas; encinta, si más cultas; y parían ó daban á luz un hijo en haz y paz de nuestra santa madre Iglesia, la cual imprimía en ellos con sal y agua carácter de Juan, Diego ó Antonio; Dolores, Mercedes ó Gertrudis. Ahora no: ninguna quiere estar encinta; preñada, menos. Aunque se llame Ambrosia y le mane azufre por el ojo izquierdo, está *en estado interesante*; y no pare por nada de esta vida, sino *desembaraza*, y se pone á *sufrir* de nuevo. Dudamos que cuando están en *estado interesante* nos interesen más que cuando delgadas, iguales, ligeras y vivas andan conquistando el mundo con sus negros ojos y sus labios rubicundos. Para un pobre que ve ahí amontonados en un rincón seis chicos muertos de hambre y harapientos, no debe de ser tampoco de gran interés el *estado* de la que le viene amenazando á más andar con el séptimo cachorro. Y castigüemos de paso otro dislate, que así pervierte la idea como la forma, el estilo como el lenguaje. *Estado* indica permanencia, fijeza, carácter que por su invariabilidad viene á ser natural é inherente al individuo; y aun por eso decimos que el del matrimonio es un *estado*, dando á entender que esta cadena orinecida, pesada y crujiente, ni el diablo la puede romper, ni el misero mortal suspenderla en la puerta de su casa é irse por el mundo libre y suelto. La de las cosas que no aterran con la perpetuidad se llama *situación*. Medrados estábamos, si *el estado interesante* de nuestras Evas, Hebes y Niobes fuera cosa perpetua! Por dicha no es sino situación con término fijo, al fin del cual vuelven á *interesarnos* las que tienen la letra menuda

y poseen el arte de embarnecer, sonrosearse, aderezarse y salir andando, erguida la cabeza, repujado el pecho, amables los ojos y la boca. Mientras nuestras mujeres no vuelvan á los dichosos tiempos de estar encinta, no hemos de ver el renacimiento de la lengua castellana; y mientras no estén de parto en brazos de la madre naturaleza, todo ha de ser *desembarazo* para ellas y embarazo para nosotros. ¿Por qué no querrán parir llana y cristianamente las de ahora, como lo estilaron las doñas Mencías y doñas Violantes que nos sirven de tatarabuelas? No faltan ya monarquistas y republicanas, aristócratas y demócratas, patriotas y plebeyas que estén *acuchadas ó de couches*, porque las francesas *sont accouchées* ó se disponen para *leurs couches*. ¡Santo Dios! ¿hay más que decir, como apuntamos arriba, que van á parir ó están de parto? Si no quieren ó no deben estarlo, escóndanse, sepúltense, méntense debajo de la tierra, que esto al fin es prudente y menos malo que estar *de couches*.

Entre el sufrir y el padecer va la propia diferencia que entre la virtud y la necesidad: padecemos á más no poder, y muchas veces dándonos á todos los diablos de nuestra negra fortuna. En este caso es cuando menos nos cumple decir que sufrimos, por cuanto el sufrimiento es acto del espíritu muy acepto para con Dios, una cosa misma con la resignación. Sufrir es llevar en paciencia nuestra suerte, los trabajos que nos agobian y las penas que estamos devorando: sufrir es ponernos en manos de la Providencia divina, obedecer sus decretos y quedarnos humildemente á la esperanza: sufrir es ejercitar el ánimo en la filosofía,

romperlo á la guerra del mundo y burlarnos santamente de los rigores de la injusticia: sufrir es ser hombre ó mujer fuerte sobre quien nada pueden ni privaciones, ni provocaciones, ni linaje de agravios: sufrir es levantarse sobre el pantano donde están hirviendo cólera, desaliento, desesperación, quejas amargas, propósitos malignos. Sufrimiento es filosofía: Sócrates sabe sufrir: ni las injurias de Aristófanes le irritan, ni el molino de Xantipa le saca de sus quicios, ni la precipitación de los treinta tiranos le exaspera. Sufrimiento es santidad: San Bartolomé sabe sufrir: desollado de los pies á la cabeza, se echa su piel al hombro dando gracias á Dios, y se va sin maldecir á los verdugos. Sufrimiento es sabiduría: Galileo sabe sufrir: preso, encadenado, oyendo chirriar á cuatro pasos la hoguera con que le amenazan, tranquilo exclama: *E pur si muove*. Sufrimiento es grandeza de alma: héroes, filósofos, grandes monarcas, mártires, han probado que poseían la virtud del sufrimiento, con afrontar serenos los insultos de la fortuna y morir tan grandes en la desgracia como habían vivido en la prosperidad resplandeciendo en el poder y las virtudes. Sufrimiento es virtud, virtud que trae gloria en sus luminosas entrañas. No sufren sino los fuertes: los bajos, los cobardes, los pobres de espíritu padecen; su estrella es padecer; pero no sufren, pues si suyo fuera el sufrir, eleváranse sobre sí mismos, y padecieran menos, y fueran grandes por el sufrimiento. En cuanto á los malvados, sabed que ellos son los que padecen verdaderamente, y tanto más cuanto que no sufren: sufrimiento y soberbia son enemigos: si hay malvado que no cultive la soberbia, gran maravilla es. El hipócrita es malvado, y no la cultiva: malvado humilde, rastrero: es

un santo por defuera; por dentro, todo infierno. La soberbia no sale en él al mundo, esto es todo: su corazón está hirviendo en las más negras pasiones. El padecer puede muy bien andar sin el sufrir: desgraciados, todo lo somos por fas ó por néfas, ca mucho padecemos y poco sufrimos. Si el sufrimiento absorbiera las malas lágrimas, las lágrimas de soberbia, cólera, impotencia, nuestros padecimientos cobrarán aspecto de propicios y vinieran á ser virtudes en nosotros. Así, cambiando los vocablos pervierten las ideas los ignorantes y los vanos; y los vanos, pues habéis de saber que muchos hablan y escriben mal á sabiendas: timbre es para los necios estropear y pervertir la lengua propia, como del chacoloteo innoble de su boca resulte la opinión de ser tenidos por hombres que han vivido ó viajado en Francia. ¿No sería mejor aprender la lengua francesa sin olvidar la castellana? ¿cultivar las extranjeras sin consentir en que se remonte la nacional? ¡Y qué lengua! la de hablar con Dios: la lengua muda del éxtasis en Santa Teresa: la de la oración hablada en San Juan de la Cruz: la de la elocuencia eclesiástica en fray Luis de Granada: la de la poesía en fray Luis de León, Herrera y Rioja: la de la historia en Mariana: la de la novela en Hurtado de Mendoza: la de la política en Jovellanos: la del amor en Meléndez Valdés: la de la risa en Figaro: ¡qué lengua! la de la elocuencia profana en Castelar: ¡qué lengua!

Por dicha, bien así en España como en América, los que van á la guerra debajo del pendón del siglo de oro, no son pocos. Ignorancia y ridiculez están en el bando opuesto, el cual es más numeroso que los ejércitos que sitiaban á

Albraca. Traductores ignorantes, novelistas afrancesados, viajeros fatuos son nuestros enemigos: nosotros nos afrontamos con ellos, y sino podemos llevármolos de calles, defendemos el campo palmo á palmo; ni hay impío de ellos á quien le sea concedido penetrar el *sanctum sanctorum* de nuestro angélico idioma. Desde Capmany que se levantó como un gigante contra sus corruptores, hasta don Aureliano Fernández Guerra que le está sacando sobre sus hombros, muchos campeones y muy bizarros los ha habido. Don Diego Clemencín ha revuelto y profundizado el *Tesoro de la lengua castellana*, de Covarrubias, haciendo que reviertan para arriba montones de riqueza pura: ha puesto en manos de los aficionados el *Diálogo de la lengua*, de Juan Valdés: ha descompuesto el *Quijote* coyuntura por coyuntura, y nos ha mostrado los secretos de la complicada anatomía para cuyo estudio no basta la vida de un hombre. Clemencín es benemérito de la lengua, sagaz recopilador de cuantas noticias pueden convenir para su posesión completa. Don Rafael María Baralt, con su *Diccionario de galicismos*, ha hecho un servicio de tomo y lomo á sus compatriotas, dándoles copia de luces y remitiéndolos adonde más largamente se contiene. Parece que los españoles le estudian poco, á pesar de las recomendaciones de Hartzenbusch; los hispanoamericanos, mucho le debemos á ese ilustre hijo de Venezuela que alcanzó un sillón en la Academia Española. Monlau, en su *Diccionario etimológico*; Puigblanc, Gallardo y otros muchos peninsulares amigos del buen decir, se están oponiendo á pecho descubierto á las irrupciones de los bárbaros que bebiendo las turbias aguas del Sena pierden memoria, amor patrio, respeto á sus padres, y vuelven, las armas en la mano,

contra esos santos difuntos que se llaman Rivadeneira, Hurtado de Mendoza, Quevedo, Cervantes, Argensolas, Jovellanos.

Entre los escritores del día los hay puros, ricos, elegantes y ésta es gran fortuna, que hacen rostro á esas montoneras furiosas de galomaníacos que ora hablando, ora escribiendo quieren dar al través con la lengua patria. En la América española, en cada República, existe un grupo de aficionados en cuyo centro arde á la continua el fuego de Vesta, el fuego puro y misterioso, que si se apagara temblaran los dioses mismos. De presumir es que andando el tiempo, merced á la labor constante de este puñado de jóvenes beneméritos, la *pobrecita limosnera* de Voltaire recoja sus harapos, y la reina de Carlos Quinto se vuelva á echar sobre los hombros su mantón de púrpura. *C'est une pauvrete qui fait l'aumône à tout le monde*, decía el dios de Ferney, hablando de la lengua francesa. Tanto ha dado la desnuda y tanto ha recibido la vestida, que es vergüenza. El castellano de hoy no es sino el francés corrompido. El inglés, decía Alejandro Dumas el viejo, no es más que el francés mal pronunciado. Ese amable Sileno lo decía por tener y dar de que reir: nosotros estamos hablando en verdad y conciencia. ¡Qué es ver, mi Dios, un escritor español con gran fama de talento, escribir de París un monstruo de lengua, mitad Gervasio, mitad Protasio, que quien no supiere una y otra no entenderá palabra! Ese periodista corresponsal, ó ha puesto en olvido su idioma, ó se tiene pensado que el mestizo vale más, en tiempo de democracia, que el godo neto por cuyas venas corre sangre de Leovigildos y Pelayos? La lengua castellana en manos de los grandes escri-

tores clásicos es como el Amazonas, caudaloso, grave, sereno: sus ondas ruedan anchamente, y sin obstáculo van á reempujar y desalojar el océano, que se retira, y vuelve á él con los brazos abiertos. Todo es paz y grandeza en esa vena del diluvio: cuando hay alteraciones, las tempestades son sublimes, como cuando fray Luis de Granada, santamente irritado, exclama con los profetas: «¿Qué ha sido tu corazón sino un cenegal y un revolver de puercos? ¿qué tu boca sino una sepultura abierta por do salían los malos olores del alma que está adentro muerta? ¿qué tus ojos sino ventanas de perdición y ruina?»

«Abrieron su boca sobre ti tus enemigos, y silbaron, y regañaron con sus dientes, y dijeron: Tragaremos: este es el día que esperábamos; hallámoslo, vímoslo.»

«Allí fueron conturbados los príncipes de Edom y temblaron los poderosos de Moab.»

Estas son tormentas grandiosas en boca de ese monje profético: oímos el trueno, hemos visto el rayo, y la espada del ángel del Señor, rompiendo esas nubes tremebundas, amenaza á los impíos y soberbios. Fuenmayor, en su *Vida de Pio V*, se espacia á un lado y á otro: es el Helesponto por donde ruedan los caudales de dos mares. Hurtado de Mendoza ha levantado un monumento á nuestra lengua en su *Guerra de Granada* como historiador, y en *Lazarillo de Tormes* otro como novelista de costumbres. Ved sino esta manera de referir, ¡y qué manera!

«Montaña áspera, valles al abismo, sierras al cielo, barrancos y derrumbaderos sin salida: ellos, gente suelta.»

¿Hay precisión y gracia? Las más hermosas figuras están cometidas en este pasaje, con mano maestra, ¡y en qué frase, si pensáis! Santa Teresa es hablística insigne: «Toda

me parecía estaba desconyuntada y con grandísimo destino de cabeza; toda encogida, hecha un ovillo, sin poderme mover, más que si estuviera muerta».

« Tienen los niños un acelerado llorar que parece van á ahogarse; y con darles á deber cesa luego aquel demasiado sentimiento.»

« No hagas tan gran pecado como poner á Dagón par á par del arca.»

« Querer una como yo hablar en una cosa tal, no es mucho que desatine.»

« Suplique vuesa merced á Dios ó me lleve consigo ó me dé como le sirva.»

Bien está que no hablemos como esos antiguos en un todo; mas la pureza, la eufonía, la numerosidad, la abundancia, busquémoslas, imitémoslas. Para mí, yo bien quisiera, enternecido y afligido con la meditación sobre la muerte, hablar á semejanza de este admirable antiguo : « Llegada es ya mi vez, cumplido el número de mis días : ahora moriré á todas las cosas y todas ellas para mí. Pues, oh mundo, quedaos á Dios. Heredades y hacienda mía, quedaos á Dios. Amigos y mujer é hijos míos, quedaos á Dios, que ya en carne mortal no nos veremos amás.»

« Breves son, Señor, los días del hombre, y el número de los meses que ha de vivir, tú lo sabes.»

Ahora ved esta deliciosa cadencia de períodos : « Para ti enreda y trama el gusano hilador de la seda : para ti lleva hojas y fruto el árbol hermoso : para ti fructifica la viña : el vellón de lana que cría la oveja, beneficio tuyo es : la leche y los cueros y la carne que cría la vaca, bene-

ficio tuyo es : las uñas y las armas que tiene el azor para cazar, beneficio tuyo es».

¿Cómo volviéramos á nuestro modo de escribir este lugar tan lleno de majestad y elegancia? La lana, las uñas... oh, esto es haber perdido la lengua, haberla corrompido hasta la médula, haber profanado una deidad propicia. Espíritu de la santa doctora, desciende sobre mí, alumbrame. Alma del padre sabio, oh tú, Granada invisible, si en tus peregrinaciones al mundo; si cuando sales á recoger tus pasos aciertas á distinguir á este devoto de tu nombre, bendicele. Y tú, Cervantes, á quien he tomado por guía, como Dante á Virgilio, para mi viaje por las obscuras regiones de la gran lengua de Castilla, echa sobre mí los ojos desde la eternidad, y anímame; llégate á mí, y apóyame; dirigeme la palabra, y enséñame. Cuando yo te pregunte : Maestro, ¿quién es esa sombra augusta que á paso lento está siguiendo la orilla de ese río? Tú has de responder : Inclínate, hijo : ese es don Diego Hurtado de Mendoza.

Maestro, ¿quién es el espectro que allá va alto y sereno, los ojos vueltos arriba? Ese es Fernando Rojas, autor de *La Celestina*, salúdale.

Maestro, ¿quién es ese espíritu que se agacha á beber en esa fuente, debajo de esos acopados mirtos? Es Moratín, llamado Inarco Celenio. Á éste no le hables : huirá como una cervatilla : es tímido y esquivo como una virgen vergonzosa.

Maestro, ¿quién es esa alma rodeada de un resplandor divino, que está echándole la mano al cuello á ese arco iris? Ese se llama don Gaspar de Jovellanos, hijo. Es el pontífice de los escritores : llégate á él, y dobla la rodilla,

Y agora, mi buena señora, me acorred, pues que me es tanto menester.

COMENTARIOS

Á lord Chatham, el gran pechero, le falta la *h* en este tomo, donde ha pasado de simple Chatam. Bien es verdad que esa letra aristocrática no está consagrada sino por el uso; pues de uno y otro modo se escribe el nombre, como puede verse en la geografía de la Gran Bretaña. Chatham ó Chatam, ciudad fuerte del condado de Kent, cerca de Róchester, en la embocadura del río Medway. Pitt el antiguo, conde de Chatham, vizconde de Burton, principió su carrera política en tiempo del célebre ministro sir Roberto Walpole, á quien hizo oposición, no menos que á sus sucesores, hasta que se levantó él mismo, elocuente y poderoso, sobre las ruinas del marqués de Rockingham. Cuando le llegó su vez, cayó de una pieza, pálido y mudo, ante el senador terrible que le abrumaba con este apóstrofe: «¿Con qué y con quién cuenta Vuestra Señoría para continuar la guerra?» Hablaba de los Estados Unidos, cuya independencia se negaba á reconocer con ira el ministro de Jorge III. Lord Richmond le mandó á la cama, y de allí á la sepultura. ¡ Rara emoción la de hombre que se deja caer sobre su asiento, y no recobra la palabra sino para decir que pasa á mejor vida! No murió de contado, pero fué necesario llevarlo en brazos ajenos, y al cabo de un mes rindió el aliento en su casa de Hayes. Su gran hijo, William Pitt, crecerá en breve el lustre de su nombre.

Algo hay de tenebroso y aflictivo en el decir: « Ahora veinte años », « Ahora treinta años », á pesar de la consoladora cortapisa, « Siendo yo muchacho ». Ay, ahora veinte y cinco años, siendo yo muchacho, venía cruzando los mares á bordo del *Paraná*, en mi primer viaje al antiguo mundo. Entre los doscientos pasajeros de ese viejo, grande buque, un anciano sobresalía por el porte majestuoso y la barba enteramente cana. Sonrosado á despecho de la edad, era bello á modo de Príamo, con la belleza de la senectud. Alto, delgado, sus quince lustros no eran óbice para la viveza y agilidad de los movimientos. El general Brown fué reconocido, y no hubo quien no acudiese á rendir homenaje á ese patriarca de la guerra; Brown, de quien hago mención en el tratado de los héroes, cuando rompe el combate de Junín con esa lanzada memorable en los fastos de Colombia. Es el único de los próceres de la independencia á quien he conocido de persona á persona, y á quien he tenido la gloria de tratar familiarmente. « Don Juan, no me deje sola á Pilar », me decía el anciano, cuando bajaba del puente á la cámara á entregarse horas enteras al rocambor con otros viejos que iban allí. Esta doña Pilar era su hija, boliviana hermosa que venía á conocer la patria de su padre. Un día, trasbordándonos en Santomas, la niña estuvo en poco de irse al mar, de la tabla que une las dos naves en semejante caso. Yo, como el más próximo circunstante, le alargó la mano vivamente: rehúsala ella, quedándose al peligro, antes que dar la suya á un desconocido: acude su padre, y la salva. Yo no sé cómo fué ni cómo no, pero ese desairado no tuvo en adelante interlocutor más benévolo ni compañía más consiguiente que doña Pilar. « Ay, don Juan, Cochabamba, Co-

chabamba es muy triste», decía, aludiendo á la residencia que el general habla escogido. En Inglaterra me despedí del noble anciano y su amable hija, la cual se casó en Alemania, tan luego como hubo llegado. Las minas de Cochabamba no la afligen ya probablemente. En cuanto al general Brown, no he sabido ni cuándo, ni en dónde habrá muerto. Pues si á 75 añadimos 25, tendremos un hombre de cien años; y no es de presumir que el héroe de Junín haya llegado á tanto. Brown, al valor de la batalla, unía la lealtad del hombre de bien y la nobleza del caballero. Sus gallardías en Bolivia, y después en la campaña de Tarqui, no se han borrado de la memoria y el corazón de los hijos de la antigua Colombia.

Habiendo visto en un artículo reciente de un escritor proveyo el nombre de Brown escrito *Braun*, á la española, volé á la biblioteca nacional en París; y en una de las salas reservadas á los libros raros, pedí la historia de Venezuela de Baralt y Díaz, con poca esperanza de obtenerla. Á la vuelta de quince minutos estaban delante de mi silla dos magníficos volúmenes empastados en marroquín amarillo. En ciertas materias, yo sé muy bien lo que me pesco : á la segunda abierta, el general *Brown* compareció junto con O'Leary galopando en la planicie de Tarqui. *Braun*, no es ortografía alemana; pero escritor tan versado en esa historia, antiguo además, ¿cómo podía haberlo desfigurado de ese modo? Mi duda fué en contra mía; pero la biblioteca nacional de la capital de Francia sentenció en mi favor. Por donde veo cuánto deber nos corre á los autores de ser exactos y prolijos : de otra suerte infundimos dudas infundadas, y con nuestros errores exponemos á los incautos á cometerlos ellos mismos. ¿Pero quién se escapa

de errores y equivocaciones? ¡Qué consuelo para mí ver la célebre edición del *Quijote* de Clemencín con su fe de erratas cada tomo! ¡Y qué erratas! ¡*Florando* por *Florambel*, la *Encida* por el *Orlando*! Si á todo un don Diego Clemencín se le fueron *metamorfosis* por *metamorjoses*, cuatro por cinco, no me retiraré yo á la Peña Pobre á llorar mis desventuras, porque mi impresor francés me ha puesto en castellano *hoye* y *Ola*, quitándole la cabeza á la interjección para ponérsela al verbo oír. Si en los *Comentarios* de Clemencín halla usted *membrar* por *membrarse*, *finés* por *mediados*, ya puede llevar en paciencia, amigo don Juan, que una vez haya salido el caballero andante de la *Argamacilla* con *c*, y no de la Argamasilla con *s*, como ha salido otras veces. ¡Cuando en un libro francés acabo de ver *Marcella* y no Marsella! Diga Rouget de Lisle si los puso patas arriba á los franceses con la *Marcellesa* ó con la *Marsellesa*?

Los cervantistas echarán de ver que entre los protectores de Cervantes no he puesto al cardenal Sandoval, arzobispo de Toledo, persona de quien habla principalmente el señor de la Revilla. Si, ese clérigo condecorado miró también por él; pero con mano tan escasa, que apenas fué para impedir que el gran mendigo se acabase de morir de hambre. (*Tout au plus pour empêcher qu'il ne mourut d'inanition*. MICHAUD.) Largo y pomposo en yendo de vanidades fué corto y humilde su eminencia cuando tuvo que hacer con la caridad. Á la gloria del siglo, no menos que á la inmortal, sube el hombre por entre abrojos.

Fuera de los que habré cometido por inadvertencia,

los conocedores del español me tomarán en un galicismo voluntario, donde he puesto : « Aníbal está allí que le disputa la precedencia »; « Delicados, puros, tiernos, la sensibilidad y la inteligencia los vuelven como divinos; pero la fortuna está allí que se ríe de su grandeza ». *Mais la fortune est là, qui rit de leur grandeur*. La intención de Jovellanos es notoria cuando pone al servicio de su lengua muchos cortes y torneos de la francesa; pues en tan experto varón no es probable la ignorancia. Yo he usado á sabiendas, y yo sí que tengo que advertirlo, el galicismo que queda apuntado, porque me gusta aquel revoloteo elegante de la frase. La oración de gerundio ha pasado á relativo; abuso que, no pecando ni contra la sintaxis castellana, ni contra ley ninguna de nuestro idioma, podría tener cabida entre nosotros, si lo propusiera escritor de más cuenta que yo. « Aníbal está allí que le disputa la precedencia »; esto es, Aníbal está allí disputándole la precedencia. « Delicados, puros, tiernos; pero la fortuna está allí que se ríe de su grandeza »; esto es, riéndose de su grandeza. La fortuna se ríe siempre del talento, la sensibilidad, las virtudes : quieran los cielos que los hombres malos hallen que aborrecer, no de qué reírse en este libro; y quieran donde más altos están que los propensos á la verdad y el amor no le vuelvan las hojas, sin hallar aquí y allí algo que diga con sus propios pensamientos y afecciones.

ÍNDICE